

UN DICCIONARIO VALIOSO

JOSE RAMON AMOR PAN

U.P. Comillas (Madrid)

LEONE, S.-PRIVITERA, S. (Eds.), *Dizionario di Bioetica*, Istituto Siciliano di Bioetica & Centro Editoriale Dehoniano, Palermo 1994, 1068 pp., ISBN 88-10-20569-3.

Ortega y Gasset, en su libro *Ideas y creencias*, hace notar que en toda sociedad, junto al pensamiento que podríamos llamar académico o formal, hay otras muchas ideas que determinan la forma de pensar de los individuos y rigen su conducta. A menudo ni la persona ni el grupo social tienen una conciencia clara de esas ideas, que, sin embargo, están ahí, poderosas y operativas, poniéndose en funcionamiento cada vez que hay que tomar una decisión y decir esto es bueno, esto es malo. No cabe duda que existe general unanimidad en considerar la vida como uno de los grandes valores del ser humano; y no podía ser de otro modo, pues la vida física es el soporte necesario para cualquier valor o derecho ulterior.

Sin embargo, una cosa es decir que todos aprecian por encima de cualquier otro el valor de la vida, y otra bien distinta averiguar qué están entendiendo al mencionarla y cómo se traduce en la práctica ese respeto. Porque la realidad es que en la actualidad, tal y como señaló Juan Pablo II en su encíclica *Evangelium vitae*, se está produciendo una impresionante multiplicación y agudización de las amenazas no sólo contra la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando ésta es débil e indefensa, sino contra la vida en su sentido más amplio (crisis ecológica). Por eso, cuando las encuestas arrojan una y otra vez el dato de que los ciudadanos estiman como fundamental el valor de la vida y de la salud, conviene pensar despacio qué idea de vida y de salud estamos apreciando y dando por buena. Porque un valor que no puede extenderse a todos pierde gran parte de su fuerza humanizadora y deja de ser, por lo mismo, un valor moral.

No resulta extraño, pues, que haya surgido una nueva disciplina para aproximarse con rigor y seriedad a toda esta amplia problemática, que si bien responde a una realidad ya antigua, presenta aspectos inéditos de gran trascendencia que motivan esa novedad de método, de contenidos y de nombre. Resulta ya un lugar común afirmar que 1971 es el año del nacimiento de la Bioética, pues en esa fecha el médi-

co estadounidense Reinselaer van Potter utiliza por primera vez ese término como título de un libro suyo, *Bioethics: Bridge to the Future*. Sin embargo, unos años antes ya el Concilio Vaticano II, en el número 27 de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, en una página de dramática actualidad, había denunciado con fuerza los numerosos atentados contra el derecho fundamental a la vida que se estaban produciendo. Por desgracia, este panorama se va más bien agrandando y está provocando un cambio profundo en el modo de entender la vida y las relaciones entre los seres humanos de imprevisibles consecuencias, incluso en orden a la mera supervivencia física de la vida sobre el Planeta. Juan Pablo II, en el número 4 del documento antes citado, hace la siguiente consideración:

«Con las nuevas perspectivas abiertas por el progreso científico y tecnológico surgen nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano, a la vez que se va delineando y consolidando una nueva situación cultural, que confiere a los atentados contra la vida un aspecto inédito y —podría decirse— aún más inicuo ocasionando ulteriores y graves preocupaciones: amplios sectores de la opinión pública justifican algunos atentados contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual, y sobre este presupuesto pretenden no sólo la impunidad, sino incluso la autorización por parte del Estado, con el fin de practicarlos con absoluta libertad y además con la intervención gratuita de las estructuras sanitarias (...). En este contexto cultural y legal, incluso los graves problemas demográficos, sociales y familiares, que pesan sobre numerosos pueblos del mundo y exigen una atención responsable y activa por parte de las comunidades nacionales y de las internacionales, se encuentran expuestos a soluciones falsas e ilusorias, en contraste con la verdad y el bien de las personas y de las naciones. El resultado al que se llega es dramático: si es muy grave y preocupante el fenómeno de la eliminación de tantas vidas humanas incipientes o próximas a su ocaso, no menos grave e inquietante es el hecho de que a la conciencia misma, casi oscurecida por condicionamientos tan grandes, le cueste cada vez más percibir la distinción entre el bien y el mal en lo referente al valor fundamental mismo de la vida humana.»

La Bioética nace para reafirmar con firmeza el valor y la inviolabilidad de la vida humana, aunque pronto se extiende su acción a la defensa de la vida en general, como no podía ser de otro modo. El éxito del nuevo nombre no se debe a razones de moda, sino a los grandes cambios que se han operado en las ciencias biomédicas, que han añadido una serie de temas hasta entonces impensables y han hecho más complejas las respuestas éticas, por lo que demandan una aproximación también novedosa a los grandes interrogantes que ahora se plantean. Al mismo tiempo, el creciente pluralismo social obliga a abordar toda esta temática, no sólo desde los esquemas de las confesiones religiosas —que habían tenido un fuerte protagonismo en la precedente Deontología Médica—, sino a plantearla desde los valores éticos vigentes en sociedades plurales, sin por ello renunciar unilateral y reductoramente a las valiosas aportaciones que puedan hacer los diferentes credos. Como ha formulado Diego Gracia, se ha pasado de una ética de código único a otra de código múltiple. Hoy la Bioética es una disciplina seriamente consolidada, que ha encontrado sus propias reglas de juego, es decir, la común aceptación de unos principios éticos básicos y de una metodología apropiada para descender al terreno de lo concreto y no quedarse meramente en el terreno de lo formal.

La Bioética, que sigue manteniendo un fuerte influjo estadounidense, ha enraizado con fuerza también en el Continente europeo, en donde han surgido un gran número de instituciones y publicaciones especializadas en esta materia, con un acento propio y una impronta original. Un buen ejemplo de esta consolidación es el Istituto Siciliano di Bioetica y su *Dizionario di Bioetica* que hoy presentamos a nuestros

lectores. La publicación de una obra de esta envergadura y calidad es el mejor reflejo de que la Bioética es una disciplina que ha alcanzado ya la edad adulta, que ha cuajado, no sólo en el ambiente académico interesado por estas cuestiones, sino que también ha calado en la opinión pública y en los medios de comunicación. No podía ser de otra manera, porque las repercusiones de los dilemas que se suscitan van a conformar el rostro de la sociedad del futuro y —no lo olvidemos— también del presente en el que discurre nuestra existencia, pues afectan a cuestiones nucleares y constitutivas de la existencia individual y colectiva.

Surge esta obra con el deseo de ofrecer al lector un vademecum de fácil consulta, en donde se pueda encontrar con una cierta inmediatez las claves necesarias para iluminar un problema bioético concreto. Convergen en su contenido las nociones más elementales, las respuestas más simples, junto a conceptos y reflexiones más profundas y especializadas, con el objetivo de abrir un vasto horizonte desde el que aproximarse a las respuestas concretas. Las voces que se presentan son casi 350, múltiples y variadas en cuanto a los temas; por ello mismo, son también breves, salvo algunas excepciones.

Precisamente esa amplitud de voces, imaginamos que fruto de un exagerado deseo por concentrar todos aquellos conceptos que puedan conformar el lenguaje bioético, sea la crítica más negativa que se le pueda hacer a esta obra. Resulta extraña la inclusión de ciertos términos, que no encuentran justificación suficiente en ninguna pretensión de servicio a los lectores, sino que más bien suponen una cierta deformación de la naturaleza misma de un trabajo de estas características y que aboca a un generalismo poco afortunado. Nos referimos a términos tales como autopsia, abogado, capitalismo, cárcel, celibato, circuncisión, conversión, cremación, denuncia, Derecho canónico, economía, periodista, ideología, trabajo, mafia, magistrado, Padres de la Iglesia, etc. La Bioética, sí, es una rama específica del saber y cualquier diccionario sobre ella debe mantener esa especificidad y hacerla comprensible a los demás. Lógicamente, esta personalidad propia de la Bioética no puede suponer que no esté dentro de un contexto sociocultural más amplio y general, en el que ella debe elaborar su propio discurso y ser comprendida, y, por tanto, del que debe tomar aquellas categorías, reflexiones y conclusiones ya trabajadas por otras ramas y disciplinas y que sean pertinentes a su finalidad y metodología, pero que no por ello le pertenecen. En efecto, si algo ha caracterizado a la Bioética desde sus comienzos ha sido la clara conciencia de que tenía que construirse interdisciplinariamente, en un permanente y fructífero diálogo de las diferentes partes interesadas en la problemática que había que responder, buscando un lenguaje común que facilitase el intercambio de puntos de vista y, por consiguiente, la búsqueda de las soluciones más apropiadas a los valores en juego. Por eso, no resulta satisfactoria esa inclusión de unos conceptos que, en caso de necesidad, deben buscarse en otras publicaciones. Lo contrario nos parece una actuación que lejos de favorecer el debate bioético, lo difumina y oscurece, al presentar a la Bioética con una serie de pretensiones que no son ciertamente propias de ella. Los límites epistemológicos deben ser respetados para alcanzar los fines propuestos; el afán exclusivista no parece apropiado en ningún caso.

La obra se mueve claramente en el horizonte de un humanismo de hondas raíces cristianas, que no se oculta, y que es observable, tanto porque se insertan voces de una ética teológica, como por la formación y procedencia de gran parte de los autores que en ella colaboran. Esta es una de las características más sobresalientes de la Bioética europea, que nace en ambiente católico y sigue estando todavía hoy muy marcada por éste, a diferencia de la norteamericana, que en la actualidad presenta un rostro tal vez excesivamente secularizado e incluso hostil a planteamientos tras-

cedentes. A pesar de esta particularidad, con este *Dizionario* no se intenta hacer una ética confesional, pues se parte del presupuesto de que una ética rígidamente anclada en posiciones confesionales no tiene futuro, máxime en un espacio como el mediterráneo en el que conviven posiciones religiosas tan diferenciadas. La publicación se presenta como un instrumento de una ética de la vida y para la vida, como una ética que promueve una siempre mejor calidad de vida para todos los seres humanos desde el mismo instante de su concepción, construida desde el diálogo y la interdisciplinariedad. Ahora bien, con igual claridad y rotundidad se afirma que la oferta y la aceptación de diálogo no supone ni puede implicar la renuncia a las propias convicciones y principios éticos, y tanto el Istituto como este *Dizionario* se mueven en esa órbita de una bioética católica explícita.

Este *Dizionario* tiene un fuerte valor simbólico, no sólo por ser expresión de que se ha llegado a una etapa de madurez, sino porque quiere ser expresión de un proyecto de fuertes tintes promocionales, elaborado, realizado y gestado sobre la base de que hay que intervenir en la cultura actual de manera efectiva, si es que se pretende realmente promover el respeto por la vida. Es la cultura la que tiene que recuperar el sentido y el valor de la vida en general como un fin digno en sí mismo y que merece el máximo respeto y colaboración en su desarrollo. Los autores buscan explícitamente una sensibilización bioética de la cultura actual, crear una cultura bioética, que coloque en el lugar primero de su escala axiológica el valor de la vida, no sólo a nivel teórico, solemnemente declarado o proclamado, sino a nivel de una praxis cotidiana, social e individual, y esto nos parece muy acertado, pues las ideas han de encarnarse para dejar de ser simples abstracciones o ejercicios bizantinos que no conducen a nada y, por eso, abocan a la frustración al dejar sin resolver los problemas que están planteados. Como afirma Privitera, «con su significado simbólico el Diccionario adquiere una dimensión real que va más allá de su profundo simbolismo: dar vida a un significado simbólico constituye siempre la actuación de una transformación en el seno de la realidad». Esta clase de trabajos es particularmente urgente en unos momentos en que han aumentado las noticias en los medios de comunicación sobre temas de salud y ciencia, pero con un tratamiento muy fragmentado, con mucha foto, mucho cuadro sinóptico, despieces entre un texto más lacónico, en busca más de lo llamativo que de la reflexión seria, del impacto frente a la meditación sosegada de los valores que están en juego.

La técnica nos está llevando a valorar a los seres vivos exclusivamente con criterios de eficacia y productividad, apreciándolos más o menos según la utilidad que reporten. Cada individuo ya no ve en el otro al portador de una dignidad humana única e inviolable, sino únicamente un medio utilitario de aprovechamiento que se valora en tanto en cuanto su capacidad de aprovechamiento subsista. Esta es la desgracia de la vida no productiva (ancianos, enfermos, discapacitados), que por eso mismo no es acogida como una realidad digna de ser estimada y vivida. Alguien ha dicho que los antiguos tenían fines, pero no medios: hoy en día tenemos medios, pero no fines. Parece como si la técnica hubiera dejado de ser un conjunto de medios para convertirse en un fin por sí misma, sin que importe saber a dónde nos conduce esto. La pérdida del sentido del misterio reduce al ser humano, su vida y su muerte, a cosas que se pueden poseer o rechazar. Como escribe Juan Pablo II en el número 28 de la *Evangelium vitae*, «este horizonte de luces y sombras debe hacernos a todos plenamente conscientes de que estamos ante un enorme y dramático choque entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la cultura de la muerte y la cultura de la vida. Estamos, no sólo ante, sino necesariamente en medio de este conflicto: todos nos vemos implicados y obligados a participar, con la responsabilidad ineludible de elegir incondicionalmente en favor de la vida».

Esta obra responde certeramente a ese intento por instaurar una cultura de la vida. Sin duda, será en poco tiempo un punto de referencia indiscutible para todos aquellos que centran su interés en esta apasionante temática. La crítica antes vertida sobre la inclusión de ciertas voces no resta en absoluto calidad al producto final y es tan sólo un apunte de algo que no debiera ser imitado. Lo que sí deberá ser imitado es la iniciativa de alumbrar publicaciones que se atreven a presentar un proyecto de síntesis global dentro del enorme horizonte de la producción bioética actual, que faciliten un tratamiento integral de las cuestiones, tanto para el especialista como para el no iniciado, pues hay que subrayar el enorme acierto de dirigirse al gran público, en un intento por auspiciar su responsabilidad en la resolución de unos conflictos que —lo quieran o no lo quieran— van a influir poderosamente en su vida cotidiana y en la de sus hijos. El reto está planteado. Ojalá que los centros de Bioética españoles sientan esta urgencia y sean capaces de poner pronto en el mercado una obra de estas características, pues nuestra sociedad lo demanda y nuestros centros de Bioética están más que preparados para llevar a cabo una empresa de esas dimensiones. Además, esto contribuiría a dibujar una Bioética mediterránea, que recogiera las sensibilidades específicas de esta área geográfica del planeta e impostase esta reflexión en su realidad más íntima y vital.

La promoción de la vida, con sus innumerables condicionamientos socioculturales, económicos y políticos, no es ni puede ser una competencia exclusiva del Norte, tal y como este *magnífico Dizionario di Bioetica* se encarga de señalar. El Mediterráneo, por la confluencia de tantas culturas tan profundamente diversas, por un pasado histórico de tolerancia y diálogo tan rico, es un lugar más que propicio para elaborar una reflexión en defensa de la vida en la perspectiva de la interdisciplinariedad, el diálogo, la tolerancia y el intercambio recíproco de dones e ideas. Porque la vida es vida, siempre diversa y mutable en las variadas circunstancias geográficas y del mero transcurrir del tiempo, deberá anclarse firmemente en el horizonte de la universalidad y el diálogo, si es que quiere desarrollar todas sus potencialidades.

Estamos corriendo en medio de la noche a una velocidad endiablada y sin luces de carretera, y esto no es bueno. La estrategia adecuada es la que no se conforma con reaccionar ante los acontecimientos, sino la que trata de anticiparse a ellos. La Bioética condena sin descanso y sin fisuras la ceguera del corto plazo y la irresponsabilidad en el diseño de objetivos a conseguir, responsabilidad de la que parece haberse dimitido. Por consiguiente, hay que elaborar todo un proyecto educativo de la opinión pública —en todos sus niveles— para erradicar el individualismo e interiorizar el respeto por la vida en cada una de sus múltiples manifestaciones. Hacen falta luces, faros que ayuden a ver el camino. El pensamiento de finales del siglo xx se encuentra inmerso en un ambiente de planificación integral de lo que queremos sea el mundo y el ser humano que lo habita. El modelo de humanistas que elaboran hoy la Bioética no es tanto el Renacimiento cuanto el siglo xiii, con sus constructores de catedrales que trabajaban con un horizonte temporal bien amplio. En esta perspectiva se encuentra este *Dizionario di Bioetica*, por lo cual nos felicitamos y felicitamos a sus autores y editores.—JOSÉ RAMÓN AMOR PAN.